

CRÍTICA

EUGENE ROGAN

LOS SUCESOS DE DAMASCO

La matanza de 1860 y
la formación del
Oriente Medio
moderno

**A LA VENTA EL
9 DE ABRIL**

**MATERIAL EMBARGADO
HASTA PUBLICACIÓN**

**AUTOR DISPONIBLE
PARA ENTREVISTAS**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

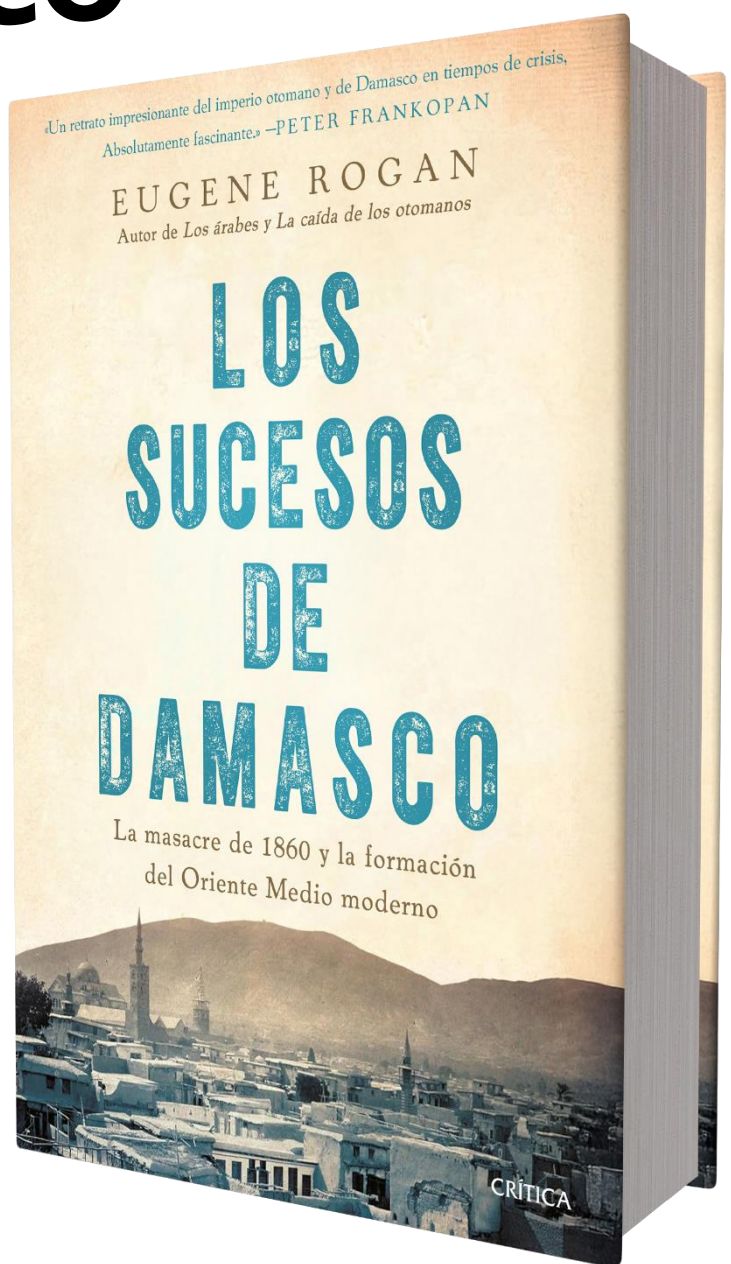
Erica Aspas

Responsable de Comunicación

Área Ensayo

689 771 980 /

easpas@planeta.es



SINOPSIS

El historiador, autor de *Los árabes*, narra la caída de una ciudad antigua en una espiral de violencia sin precedentes, una masacre que en 1860 marcaría el fin del antiguo orden otomano y el comienzo del Oriente Medio moderno

El 9 de julio de 1860, la ciudad de Damasco fue testigo de uno de los episodios más violentos de su historia. Una turba enfurecida arrasó los barrios cristianos, dejando a su paso una estela de destrucción y muerte. Durante ocho días, la ciudad se sumió en la violencia, dejando un saldo de cinco mil cristianos muertos y miles de tiendas, iglesias, casas y monasterios saqueados y arrasados.

Eugene Rogan recrea el mundo perdido de Oriente Medio bajo el dominio otomano, sometido a la presión del cambio económico global y la expansión europea. Las reformas de mediados del siglo XIX aumentaron las tensiones en todo el imperio. En Damasco más que en ningún otro lugar, pues era una ciudad multifacética unida por el comercio de caravanas a Bagdad, el Mediterráneo y La Meca, donde el caos de idiomas, costumbres y creencias convivían en tolerancia. Hasta que las reformas comenzaron a beneficiar a la comunidad cristiana minoritaria a expensas de la mayoría musulmana.

Este libro ofrece una perspectiva detallada y estremecedora de los sucesos que llevaron a la masacre de 1860 y de cómo una ciudad multicultural y pacífica se convirtió en escenario de una tragedia inimaginable. Pero *Los sucesos de Damasco* también es una historia de resiliencia y reconstrucción, pues el gobierno otomano actuó rápidamente para retomar el control de la ciudad, poner fin a la violencia y reintegrar a los cristianos a la comunidad. Estos esfuerzos por reconstruir Damasco fueron un éxito y preservaron la paz durante los siguientes 150 años, hasta 2011. El galardonado historiador Eugene Rogan narra la caída de una ciudad antigua en una espiral de violencia sin precedentes, una masacre que en 1860 marcaría el fin del antiguo orden otomano y el comienzo del Medio Oriente moderno.

EL AUTOR



Eugene Rogan es profesor de Historia Moderna de Oriente Medio en la Universidad de Oxford y miembro de la Academia Británica. Su primer libro, *Frontiers of the State in the Late Ottoman Empire*, ganó el Premio Albert Hourani y el Premio M. Fuad Köprülü. *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad* (Crítica, 2010) se ha convertido en una obra de referencia, considerado uno de los mejores libros del año por *The Financial Times*, *The Economist* y *The Atlantic Monthly*. En Crítica también ha publicado *La caída de los otomanos. La Gran Guerra en el Oriente Próximo* (2016) y *Los sucesos de Damasco. La masacre de 1860 y la formación del Oriente Medio moderno* (2025).

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

PRÓLOGO. Mártires y tiranos de Damasco

«Cada año, el día 10 de julio, una pequeña procesión recorre las estrechas callejas del barrio cristiano de la ciudad vieja de Damasco. Desfilan con estandartes en honor a ocho frailes franciscanos y tres hermanos maronitas asesinados en las matanzas de cristianos cometidas en 1860. Desde hace más de un siglo se recuerda a estos once hombres como «los mártires de Damasco».»

«La turba se congregó fuera del monasterio durante la madrugada del 10 de julio, atraída por la perspectiva de hacerse con un rico botín. Cuando la presión en los portones se volvió más insistente, los frailes comprendieron que no iban a sobrevivir a aquella noche. Bajaron a la capilla para comulgar, para recibir la extremaunción y también para proteger la eucaristía, que los católicos creen que es el pan transformado en el cuerpo de Cristo, y evitar que la profanara la turba sedienta de sangre.»

«La violencia se prolongaría durante siete días más y se cobraría miles de vidas cristianas, pero los once hombres asesinados en el monasterio franciscano conmoverían especialmente a los cristianos de Damasco, que los considerarían mártires de su fe. Cuando se restableció el orden y los cristianos pudieron regresar a su antiguo barrio, los supervivientes recuperaron los huesos de los once hombres y los enterraron en una fosa común.»

«Todos los franciscanos excepto uno eran españoles. Dos de los frailes acumulaban años de experiencia en Siria y en Tierra Santa.»

«El 20 de octubre de 2024, el papa Francisco elevó a la santidad a «los mártires de Damasco» en una solemne ceremonia celebrada en la basílica de San Pedro del Vaticano. Para los cristianos de Siria, la canonización constituyó un hito histórico.»

«La comunidad internacional y las minorías sirias esperaban con inquietud cómo fueran a tratar los nuevos señores de Siria no solo a los cristianos del país, sino también a otras muchas minorías étnicas y religiosas, como los chiíes, los drusos, los kurdos y, crucialmente, los alauitas, la comunidad religiosa de la familia Asad. En las semanas inmediatamente posteriores a la caída de Asad, los nuevos gobernantes de Siria intentaron reafirmar tanto a sus conciudadanos como a la comunidad internacional sus buenas intenciones.»

INTRODUCCIÓN. Hallado en los archivos

«Mientras subía por la enorme escalinata de piedra caliza que conduce a los Archivos Nacionales en Washington D. C. tuve la sensación de que aquella era una ocasión especial. [...] Aquella mañana de enero de 1989 no me detuve a contemplar las vitrinas y, en su lugar, me abrí paso entre los guardias hasta la sala de lectura. Había ido en busca de documentación para mi tesis doctoral sobre el dominio otomano en Transjordania en la segunda mitad del siglo XIX. En aquella época, Transjordania era una región fronteriza de la provincia otomana de Siria con su capital en Damasco. Estados Unidos abrió su primera

misión diplomática en Damasco en 1859 y yo quería ver si en los archivos consulares estadounidenses había algún material relacionado con mis intereses como investigador.»

«También me interesaba el primer vicecónsul estadounidense, un hombre llamado Mijaíl (Miguel en árabe) Mishaqa.[...] Mijaíl Mishaqa (1800-1888) fue un verdadero hombre del Renacimiento. Sirvió en las cortes de los príncipes de Monte Líbano y se formó como médico. Publicó numerosos libros y tratados de teología, filosofía e incluso teoría musical árabe. Sin embargo, su obra más conocida es una historia de Siria y Líbano en los siglos XVIII y XIX. [...] Los dos primeros volúmenes de Damasco, que abarcaban los años 1859 -1870, coincidían con el período de servicio de Mishaqa. Pedí los primeros volúmenes de los documentos de Damasco y esperé con gran expectación a que salieran del depósito. Cuando fui a recogerlos al mostrador del archivo, me sentí decepcionado al ver que faltaban los primeros tomos de Damasco.»

«Era el primer investigador moderno que veía los documentos desde que los habían depositado en los Archivos Nacionales. Por lo que yo sabía, Mishaqa podría haber sido la última persona en leerlos.»

«No fue hasta principios del siglo XIX, con la aparición de movimientos nacionalistas separatistas, cuando el Estado de derecho otomano degeneró en violencia entre musulmanes y cristianos.»

«La economía otomana también se enfrentó a nuevos retos, y nuevas oportunidades, gracias a la rápida expansión del comercio europeo en el Mediterráneo oriental. Los cristianos parecían ser los principales beneficiarios de las oportunidades, mientras que a los musulmanes otomanos les tocaba afrontar los retos. Esto hizo que los cristianos locales fueran cada vez más ricos y asertivos, lo que suscitó una creciente hostilidad en la mayoría musulmana. Conscientes de la experiencia balcánica del separatismo cristiano ayudado por la intervención europea que condujo a la fragmentación del dominio otomano, muchos miembros de la comunidad árabe musulmana pasaron a ver a sus vecinos cristianos como una amenaza existencial para su forma de vida. En 1860, esta percepción dio origen a un momento genocida, en el que el exterminio de los cristianos sirios parecía una solución razonable.»

«Para Siria y Líbano, dos de los Estados clave del Oriente Próximo moderno, los sucesos de 1860 fueron un momento decisivo: una ruptura definitiva con el viejo orden otomano y una violenta entrada en la época moderna. Antes de 1860, los otomanos dejaron Siria y Líbano a su aire, con las instituciones y facciones locales compitiendo con los gobernantes otomanos por el control. Después de 1860, tanto Damasco como Monte Líbano quedaron bajo el control de un gobierno mucho más centralizado, regido por un Estado burocrático con cargos electos, que anticipaba el arte de gobernar en el siglo XX.»

«Los atentados del 11 de septiembre siguieron ensombreciendo mi proyecto de Damasco. En retrospectiva, empezaba a ver el 11-S como los «sucesos» de Estados Unidos. La conmoción por la destrucción sin precedentes del tejido urbano de Nueva York y Washington y la magnitud de la pérdida de vidas humanas (murieron 2.996 personas y miles más resultaron heridas) causaron un trauma colectivo a los estadounidenses que tardó años en sanar. Vivir aquellos años me hizo tomar conciencia de las experiencias de los

damascenos, que habían sufrido pérdidas proporcionalmente mayores y daños materiales que costó años reconstruir.»

CAPÍTULO 1. El Doctor Mishaqa abre el viceconsulado de Estados Unidos en Damasco

«A mediados del siglo XIX, Estados Unidos era un actor secundario en el imperio otomano. Aunque sus treinta y tres estados y sus diez territorios se extendían por todo el continente norteamericano desde el Atlántico hasta el Pacífico, el gobierno otomano no consideraba a Estados Unidos una nación que revistiera importancia política o económica y mucho menos aún equiparable a potencias imperiales europeas como Gran Bretaña y Francia. El primer enviado estadounidense al imperio otomano presentó sus credenciales al gobierno del sultán en 1831. Los otomanos vieron oportuno corresponder esperando treinta y seis años para abrir una legación en Washington en 1867, lo que significaba que los diplomáticos estadounidenses recibían mucha menos consideración por parte de las autoridades otomanas que sus homólogos europeos. La discriminación molestó a los diplomáticos estadounidenses en la región.»

«Si querían tener alguna posibilidad de comerciar en esas condiciones tan traicioneras, los estadounidenses necesitaban su propio hombre en Damasco. El cónsul Johnson le propuso al embajador Williams al doctor Mijaíl Mishaqa.»

«Como medida de ahorro (costaba menos contratar a lugareños que desplazar hasta allí a estadounidenses) y también para beneficiarse de los conocimientos locales, los cónsules estadounidenses solían nombrar a cristianos de la zona para que ejercieran de vicecónsules en las ciudades más pequeñas sometidas a su jurisdicción.»

«Mijaíl Mishaqa era, según la opinión general, el hombre más culto de Damasco. Nacido en 1800 el seno de una familia greco-católica en el humilde pueblo libanés de Rishmaya, había viajado ampliamente por Egipto y Siria, había servido en las cortes de las casas principescas de Monte Líbano y dominaba muchos oficios. Natural de Monte Líbano, Mishaqa se estableció en Damasco en 1834 y, durante los veinticinco años siguientes, se convirtió en uno de los notables cristianos más destacados de la ciudad. Sin embargo, lo más valorado por el servicio consular estadounidense era que Mishaqa había abandonado en 1848 su iglesia natal para abrazar la fe protestante. Los misioneros estadounidenses no se podían creer su buena suerte. Tras llevar años en la zona y haber conseguido muy pocos conversos, estaban encantados de haber ganado para su fe a un hombre al que describían como «el árabe más inteligente y mejor informado» de la región.»

«Sir Richard Wood, el cónsul británico con muchos años de servicio en Damasco, admiraba abiertamente a Mishaqa, a quien contrató en 1840 como dragomán (intérprete) del consulado británico en Damasco. Lo irónico del nombramiento era que, pese a toda su erudición, Mishaqa nunca había aprendido una lengua extranjera. [...] Parece más probable que Wood (que hablaba árabe con fluidez y no necesitaba traductor) le nombrara dragomán para conceder la protección consular británica al brillante doctor.»

«Los notables musulmanes de Damasco estaban aún más resentidos al ver que, gracias a sus vínculos con las misiones diplomáticas europeas, los cristianos locales conseguían ventajas legales y económicas que eran inaccesibles para los musulmanes. Los cristianos

bien relacionados se volvían cada vez más ricos y poderosos a costa de la élite dirigente de la ciudad. Era una inversión del orden natural.»

«Mijaíl Mishaqa asumió sus funciones como vicecónsul de Estados Unidos en Damasco el 5 de septiembre de 1859. Cualquier esperanza que pudiera haber albergado de una transición sin contratiempos se disipó rápidamente.»

«La hostilidad que el doctor Mishaqa encontró en el gobernador no fue un caso aislado, sino que reflejaba las peligrosas tensiones que estaban poniendo a los musulmanes en contra de los cristianos de Damasco al adentrarse la ciudad en el fatídico año de 1860.»

CAPÍTULO 2. Damasco “la fragante” a mediados de siglo

«Sin nada en Monte Líbano a lo que regresar, Mishaqa optó por la vida de un notable cristiano ejerciendo la medicina en la maravillosa ciudad de Damasco. Fue una elección natural. Damasco era una gran ciudad, un centro de poder rico y cosmopolita, y una de las capitales de provincia más importantes del imperio otomano.»

«Damasco era una de las ciudades más grandes de los territorios árabes, con una población diversa compuesta por musulmanes árabes, turcos, kurdos y persas; cristianos de al menos nueve confesiones diferentes; y una numerosa comunidad judía. No existen cifras exactas sobre la población de Damasco a mediados de siglo. El censo otomano servía principalmente para calcular los impuestos y los funcionarios solo contaban a las personas económicamente activas, lo que se traducía en un registro insuficiente y con grandes variaciones de las estimaciones demográficas. Las mejores estimaciones, tanto de fuentes árabes como occidentales, sugieren una población total de unos 150.000 habitantes a mediados de siglo, con una mayoría musulmana de aproximadamente el 85 %, una gran comunidad cristiana de entre el 10 y el 12 % y una comunidad judía más pequeña, inferior al 5 %.»

«Los mercados centrales de la ciudad convertían a Damasco en uno de los ejes comerciales más importantes de los territorios árabes otomanos. Una ciudad del interior era un puerto del desierto conectado con las rutas comerciales caravaneras de larga distancia. Largas filas de camellos, los «barcos del desierto», entraban periódicamente en la antigua ciudad amurallada por las estrechas vías diseñadas para el tráfico animal y no rodado.»

«El gobernador de Damasco en 1860 era Ahmad Pachá, que también era el comandante de las fuerzas armadas de la provincia (*mushir*). Entre los demás miembros del gobierno provincial figuraban el jefe de finanzas (*muhasibi*) y el juez supremo (cadí). A todos ellos los nombraba el gobierno central de Estambul y solían ser turcos otomanos. Para subsanar la brecha lingüística y cultural que separaba a los turcos otomanos de los habitantes árabes de Damasco, el gobernador confiaba en los notables de la ciudad (miembros de los ulemas y los jerifes, la élite terrateniente y los comandantes paramilitares o *agawat*), que servían de intermediarios entre las masas de trabajadores urbanos y rurales y el gobierno otomano. Estos notables formaban parte de un poderoso consejo asesor de doce miembros conocido como Maylis [...] La política damascena se veía influida en gran medida por la interacción entre los turcos nombrados por los otomanos y enviados desde Estambul para gobernar la ciudad y su provincia, y los dirigentes locales que ocupaban los puestos del Maylis. Aunque, en teoría, los líderes cristianos y judíos podían ser miembros del Maylis, en la práctica el

órgano estaba dominado por los notables musulmanes de la ciudad y la élite administrativa otomana.»

«Miles de peregrinos acudían cada año a Damasco desde todo el mundo musulmán para cumplir con el Hayy, el deber de peregrinar una vez en la vida a La Meca, la cuna del islam. El sultán otomano se jugaba su legitimidad en el paso seguro de la peregrinación cada año y delegaba la responsabilidad de organizar las caravanas en dos grandes capitales árabes: El Cairo, para atender a los peregrinos de África, y Damasco para ocuparse de los que llegaban desde Asia. El gobierno otomano daba tanta importancia a la peregrinación siria que, a partir de 1708, se encomendó al gobernador de Damasco que dirigiera él mismo la caravana y se le eximió de aportar soldados de la guarnición local a las guerras del sultán para que concentrara sus fuerzas en garantizar la seguridad de los peregrinos frente a las incursiones de los beduinos.»

«El tema de un no musulmán entrando a caballo en Damasco era especialmente delicado. Entre las convenciones sociales impuestas a los no musulmanes figuraba la norma de que los cristianos y los judíos solo podían ir por la ciudad a lomos de monturas más bajas, como los burros, para que nunca estuvieran en la situación de mirar por encima del hombro a un musulmán a caballo. Los europeos nunca desaprovecharon la oportunidad de desafiar estas restricciones, que consideraban una afrenta a su honor personal y nacional. El desprecio de las convenciones sociales locales no contribuyó a que el nuevo cuerpo consular se ganara las simpatías de los musulmanes de Damasco.»

«Las potencias europeas intentaban introducirse en la ciudad por motivos comerciales, más que estrictamente diplomáticos. Veían la ocupación egipcia como una oportunidad para eludir las restricciones impuestas por los otomanos para acceder a los lucrativos mercados del Oriente árabe y Damasco era la ciudad más importante que seguía cerrada a las mercancías occidentales.»

«Los británicos fundaron las primeras líneas marítimas a vapor hasta el Mediterráneo oriental en 1835. Les seguirían los franceses en 1837 y los austriacos en 1839. [...] Estos avances hicieron que el transporte a vapor fuera cada vez más recomendable para los musulmanes que realizaban la peregrinación anual a La Meca en los años cuarenta y cincuenta. A principios del siglo XIX, en Damasco se congregaban cada año entre 15.000 y 20.000 peregrinos para el Hayy, con todo el comercio que implicaba una cifra tan elevada. En los años cuarenta, con la expansión del transporte marítimo a vapor al Mediterráneo oriental, esa cifra empezó a caer drásticamente. En 1845 solo participaron 6.000 peregrinos en la caravana de Damasco.»

«En vista de estos cambios transformadores en la política, la economía y la sociedad, es posible empezar a entender la oposición al nombramiento del doctor Mishqaq como vicecónsul de Estados Unidos. Como cristiano sirio, su nombramiento reflejaba el creciente poder de que disfrutaban los cristianos locales gracias a su conexión con las potencias extranjeras.»

CAPÍTULO 4. Ríos de sangre en Monte Líbano

«Nadie podía prever el giro de los acontecimientos que impulsaría a Abd al-Qadir del anonimato de un pueblo pequeño a la fama mundial. En julio de 1830, un ejército de

campaña francés invadió Argel, lo que dio comienzo a 132 años de ocupación. Las razones de la invasión fueron tan confusas para los argelinos como para los propios franceses: una discusión entre el gobernante de Argel y el cónsul francés por los envíos de cereal a Francia impagados desde principios del siglo XIX. El cónsul francés afirmaba que el gobernante de Argel le había golpeado con un matamoscas y exigió a su gobierno que limpiara el honor nacional con una demostración de fuerza. El gobierno profundamente impopular del rey borbón Carlos X esperaba recabar apoyos internos con una intervención en el extranjero y aprovechó el «incidente del matamoscas» para justificar una invasión a gran escala.»

«Tras su rendición, Abd al-Qadir pasó cinco años detenido en varias cárceles francesas. En octubre de 1852, Luis Napoleón (elegido presidente en 1848 y posteriormente coronado emperador Napoleón III, r. 1852-1870) le ofreció al emir la libertad a cambio de que prometiera solemnemente no volver nunca a su Argelia natal ni reanudar las hostilidades contra el imperio francés. Abd al-Qadir declaró su firme amistad a Francia y Luis Napoleón, y pidió exiliarse en el imperio otomano.»

«En el desorden que siguió a la retirada egipcia de Siria y Líbano, los maronitas y los drusos perseguían objetivos incompatibles para Monte Líbano. Los drusos querían restaurar un emirato druso similar al que había existido antes de la ocupación egipcia. Los maronitas, guiados por su patriarca y el clero, pretendían instaurar un nuevo orden cristiano con un príncipe maronita y expulsar a los drusos de Monte Líbano. Como cabía esperar, el conflicto degeneró en violencia. En la población mixta de Dair al-Qamar, perdieron la vida más de 250 maronitas y drusos en los enfrentamientos sectarios que se produjeron en octubre y noviembre de 1841. Los problemas propiciaron de nuevo la intervención otomana y europea.»

«Al entrar en Damasco, Abd al-Qadir fue recibido como un héroe. La multitud se agolpaba en el camino de acceso a la ciudad a lo largo de un kilómetro desde las puertas de la ciudad.»

«Las tensiones entre drusos y cristianos desembocaron en actos aislados de violencia en carreteras y en el campo del sur del Líbano en la primavera de 1860. Los habitantes cristianos de la región de al-Shuf, dominada por los drusos, escribieron a Tanyus Shahin para saber si los cristianos de Keserwan acudirían en su ayuda. Shahin se jactó de poder reunir una milicia de cincuenta mil cristianos armados que derrotaría a los drusos. [...] Los jefes drusos de al-Shuf respondieron poniéndose en contacto con sus hermanos de la región montañosa de Yabal Haurán, al sur de Damasco, y en los valles de Wadi al-Taym, al sur del valle de la Bekaa. Se reunieron en secreto y trazaron planes cuidadosamente. Sabían que les superaban en número: unos doce mil milicianos drusos se enfrentaban a los cincuenta mil cristianos armados de Shahin. Al estar en juego su propia supervivencia, los drusos no se podían permitir perder ni una sola batalla.»

«En mayo de 1860, los drusos llevaron la ofensiva a los pueblos del distrito cristiano del norte de Monte Líbano. Quemaron cada aldea que invadieron y mataron a todos los hombres que se cruzaron en su camino. La repentina violencia de los ataques desconcertó a los maronitas, que huyeron sin luchar de los puestos avanzados más vulnerables a bastiones cristianos como Zahlé. Estas escaramuzas iniciales demostraron que, pese a la superioridad numérica, los cristianos estaban desorganizados y carecían de líderes con experiencia. Los conflictos entre jeques y plebeyos habían sembrado división en las filas

cristianas y esto no hizo sino agravar las diferencias que ya existían entre las numerosas confesiones cristianas de Monte Líbano.»

«Los acontecimientos de Monte Líbano tuvieron una peligrosa repercusión en la política y la sociedad damascenas. El doctor Mishaqa y sus colegas del cuerpo consular estaban convencidos de que las autoridades otomanas en Damasco estaban ayudando activamente a los drusos en las hostilidades con los cristianos de Monte Líbano. Había visto al gobierno permitir a los drusos comprar todo el armamento y la pólvora que necesitaban en los mercados de Damasco antes de imponer un embargo a la venta de armas. El embargo se aplicaba con especial rigor a los cristianos sirios y los soldados otomanos desarmaban a quienes encontraban portando armas.»

«El conflicto entre drusos y maronitas en Monte Líbano fue desde el principio una guerra de exterminio. «El país es nuestro o suyo», sostenían los drusos. Sin embargo, una vez emprendido el camino de la aniquilación, ya no había vuelta atrás. Incluso después de la espantosa violencia con que lograron sus victorias, los drusos seguían siendo una clara minoría en su tierra natal.»

«Tras la caída de Zahlé, los drusos ya no temían que los cristianos pudieran expulsarlos de su territorio en el extremo sur de Monte Líbano. Por tanto, el asalto final de la guerra civil libanesa de 1860 fue un acto de violencia gratuita.»

CAPÍTULO 5. Saqueos, asesinatos e incendios

«El gobernador otomano de Damasco, Ahmad Pachá, se había comportado de forma errática desde que la crisis de Monte Líbano se desbordara a la provincia siria en junio de 1860. Musulmanes y cristianos, notables y plebeyos, todos estaban perplejos. El gobernador alternaba medidas decisivas y contraproducentes con una absoluta pasividad.»

«El clero intentó acomodar temporalmente a los campesinos cristianos en hogares damascenos, pero no había suficientes viviendas para hacer frente a la oleada de refugiados que llenaban las estrechas callejas y los callejones de los barrios cristianos de Bab Tuma y Bab Sharqi. Los refugiados irradiaban miedo y terror ante la violencia de la que habían sido testigos, de la que habían escapado y a la que habían sobrevivido.»

«El pueblo de Damasco buscó en vano que Ahmad Pachá tomara medidas decisivas para aplacar las tensiones y restablecer el orden. Extrañamente, el gobernador eligió aquel momento de desorden civil para comenzar las obras de renovación de la ciudadela, «algunas de las cuales eran necesarias y otras no», anotó en su diario un estupefacto al-Hasibi.»

«Eran las dos de la tarde del lunes 9 de julio, la hora más calurosa del día en la época más calurosa del año, cuando estalló la violencia en Damasco. La noticia de la revuelta se extendió con rapidez.»

«El lunes 9 de julio, el doctor Mishaqa se encontraba en casa con su familia. Su kawass (guardia consular) había ido a las oficinas del gobernador para un asunto oficial. Cuando se enteró de la alteración del orden, volvió corriendo para avisar a Mishaqa del peligro inminente. [...] La muchedumbre que entró por la puerta principal se dispuso de inmediato a robar en la casa del doctor, lujosamente amueblada, lo que dio a la familia algo de tiempo

para escapar por una puerta trasera que daba a los estrechos callejones de su barrio. Mishaqa buscó refugio en las casas de sus vecinos musulmanes, golpeando desesperadamente sus puertas, pero ninguno abrió para dejarle entrar. Sabía que solo estaría a salvo si conseguía llegar hasta la casa de Abd al-Qadir [...].»

«Cuando los agresores se abalanzaron sobre él, Mishaqa recibió un hachazo en la cabeza que le causó una herida grave, un garrotazo que le dejó ciego de un ojo y varios tajos de espada en el brazo al tratar de protegerse de los golpes. «Me propinaron muchos golpes de palos y garrotes en todo el cuerpo», informó secamente. Al final, logró sobrevivir pagando a los cabecillas una fortuna (14.000 piastras, unas 130 libras), mientras la turba sacaba por la puerta principal de su casa «toda clase de muebles y objetos de valor».»

«El saqueo continuó hasta mucho después de la puesta de sol. La muchedumbre se contaba por millares, que atacaron los barrios cristianos «para robar, matar e incendiar». Provenían, en su mayoría, de los barrios más pobres de la ciudad o eran bandidos rurales atraídos por la oportunidad de robar en las casas de cristianos ricos. Al-Hasibi describió a la muchedumbre como un grupo heterogéneo de «drusos, nusairíes, judíos, mitwalis, rafidíes, vagabundos, adoradores del sol y la luna, yazidíes, árabes y gente de todas las comunidades conocidas en Siria y acostumbradas a las fechorías [...] a los que se unió la chusma de Damasco».»

«El martes 10 de julio el sol salió a través de una nube de humo mientras se reanudaba la violencia con un nuevo vigor. La turba había desvalijado e incendiado casi todas las casas cristianas de Bab Tuma y Bab Sharqi. Tuvieron cuidado de no prender fuego a las casas contiguas a las propiedades musulmanas, como la del doctor Mishaqa, pero se llevaron todo el mobiliario, dejando cascarones vacíos entre las viviendas musulmanas. [...] Los testigos afirmaban haber visto a hombres jóvenes llevarse hasta los clavos y las vigas de las casas cristianas saqueadas. Tras la abundante cosecha del día anterior, el segundo día de violencia apenas quedaba botín alguno en las desvalijadas y quemadas casas de los barrios cristianos, por lo que la muchedumbre pasó a atacar las tiendas, los almacenes y los talleres de propiedad cristiana de los principales mercados de la ciudad.»

«Los pocos soldados regulares que había en Damasco permanecían confinados en los barracones de la ciudadela por orden del gobernador, mientras la ley y el orden sucumbían a las fuerzas del desorden. No cabe duda de que la enérgica intervención de unos soldados bien dirigidos podría haber puesto fin a los disturbios.»

«Todo el mundo había visto a Abd al-Qadir y sus hombres rescatar a cristianos y escoltarlos hasta la casa del emir. Una multitud se congregó fuera de su casa para pedirle que entregara a los cristianos a los que cobijaba. A medida que se fue sumando más gente, el tono se volvió más amenazador. El emir, confiado en su prestigio entre los musulmanes de Damasco, salió desarmado para dirigirse a los alborotadores [...].»

«El jueves 12 de julio dio inicio el cuarto día de la crisis sin que hubiera un final a la vista. A los diplomáticos extranjeros en Damasco les resultaba inconcebible que el gobernador local aún no hubiera tomado medidas eficaces para restablecer el orden. El cónsul Brant decidió hacer una segunda visita a Ahmad Pachá.»

«Aquel día, Ahmad Pachá redactó su primer informe sobre los sucesos de Damasco para sus superiores en Estambul. El hecho de que tardara cuatro días en informar a la Sublime Puerta de que Damasco estaba en llamas podría dar una buena idea de la parálisis del gobernador. El informe resulta prácticamente incoherente, un collage de hechos aleatorios.»

«El cuarto día de violencia concluyó con los cristianos concentrados en la ciudadela, cuya seguridad garantizaban los soldados argelinos de Abd al-Qadir. La destrucción de los barrios cristianos era más o menos total al final del día. No quedaba ninguna casa cristiana en pie y habían destruido todos los edificios religiosos (iglesias, conventos y monasterios). Todos los consulados, excepto el británico, habían sido atacados. Seguía habiendo incendios aquí y allá, y los hombres de Abd al-Qadir continuaban patrullando para extraer de las ruinas a los supervivientes cristianos, que eran cada vez menos.»

«El quinto día de los sucesos fue viernes, pero nadie acudió a las mezquitas a rezar. Incluso el jeque Muhammad Said al-Ustuwani, el jatib de la mezquita de los Omeyas, tuvo demasiado miedo del caos y el desorden en las calles de la ciudad como para salir de casa.»

«La ciudad estaba prácticamente aislada del resto del mundo, por lo que los damascenos no tenían noticia de la creciente reacción a las primeras informaciones de las matanzas tanto en Estambul como en las capitales de Europa.»

«Circulaban rumores de una intervención de las potencias europeas. No había forma de ocultar los crímenes que los damascenos habían cometido contra sus vecinos cristianos. Si el castigo iba a ser proporcional al delito, se avecinaban tiempos oscuros para los musulmanes de Damasco.»

«La mayoría de las mujeres se libraron de ser asesinadas. Como escribió el doctor Mishaqa: «La sharia no permite el asesinato de mujeres por motivos religiosos». Sin embargo, hubo muchos casos de adolescentes y mujeres en edad fértil que fueron secuestradas y llevadas a hogares musulmanes, donde las violaron con la intención deliberada de dejarlas embarazadas. [...] Robson especulaba que el número de mujeres que habían sufrido violencia sexual superaba al de hombres asesinados, pero no facilitaba cifras que respaldaran dicha afirmación.»

«La matanza de Damasco fue un momento genocida, pero no fue un genocidio. Fuera de las murallas de la ciudad, a los cristianos de clase trabajadora de al-Maydan los protegieron sus vecinos musulmanes y, como consecuencia, en el barrio no hubo episodios de violencia intercomunitaria durante los sucesos. En el interior de las murallas, un grupo pequeño pero influyente de notables musulmanes damascenos rescató hasta al 85 % de la población cristiana de la violencia de la turba.»

CAPÍTULO 6. Castigar a los culpables y restablecer el orden

«Las esperanzas de que el nuevo gobernador Muammar Pachá restableciera el orden público no tardarían en verse defraudadas. [...] En su primer día en el cargo, Muammar Pachá pidió a los ciudadanos que depusieran las armas y volvieran a abrir las tiendas, y ordenó a todos los extranjeros que salieran de la ciudad. Sin embargo, al no disponer de una fuerza militar creíble, carecía de los medios para imponer su autoridad en la ciudad. Tras un breve respiro de la violencia, mientras la ciudad recelosa le tomaba la medida al nuevo

gobernador, la turba volvió a entregarse al caos y el desorden. Muammar Pachá encontró su residencia rodeada de criminales armados que desafiaban abiertamente sus órdenes. El nuevo gobernador, al igual que su predecesor, se refugió tras los muros de su residencia por miedo a la muchedumbre.»

«El sultán y sus ministros sabían que si no se abordaba la matanza masiva de cristianos en Siria y Líbano, el resultado casi seguro sería la ocupación extranjera y el desmembramiento de las provincias árabes del imperio otomano. La Sublime Puerta necesitaba enviar a un estadista que pudiera restablecer el control del sultán en Siria y mantener a raya a las potencias europeas. Acabaría confiándole la misión al ministro de Asuntos Exteriores y célebre reformador Fuad Pachá.»

«Negoció una tregua entre los drusos y los maronitas en Monte Líbano, y envió agentes a Damasco para que recopilaran información y se la trasladaran antes de entrar en la ciudad. Y algo crucial: esperó a que su escolta militar estuviera al completo antes de seguir hasta Damasco. Estaba decidido a entrar en la ciudad rebelde acompañado de un gran y disciplinado ejército para que el pueblo volviera a mostrarse temeroso de su sultán y su gobierno. La estrategia de Fuad Pachá funcionó.»

«Tras rehuir a los notables, Fuad acudió primero a la ciudadela para visitar a los supervivientes de las matanzas. [...] Muchos querían marcharse de Damasco para buscar refugio en la comunidad cristiana de Beirut. [...] Fuad prometió animales de carga y víveres a quienes desearan emprender el viaje. Fiel a su palabra, les entregó 150 mulas y el 2 de agosto partió de Damasco a Beirut la primera caravana de refugiados cristianos acompañada por guardias armados.»

«Para evitar la intervención extranjera, Fuad necesitaba demostrar que los otomanos habían restablecido el orden público en Siria. Si los notables no colaboraban con el ministro, corrían el riesgo de acabar bajo dominio colonial europeo. [...] Los notables acabaron sucumbiendo a la intensa presión. Redactaron una declaración conjunta en la que se comprometían a cooperar plenamente con las investigaciones de Fuad y añadieron sus sellos al documento. Elaboraron listas preliminares con los nombres de los sospechosos de participar en actos violentos y accedieron a la propuesta del ministro de crear comisiones en cada uno de los ocho distritos administrativos (zumr) de la ciudad para proseguir con la labor de recopilar información sobre los acusados de participar en actos violentos.»

«Los primeros damascenos detenidos se entregaron prácticamente ellos mismos. El gobierno hizo un llamamiento para que la gente llevara los bienes robados en los hogares cristianos a un almacén designado para ello en sus distritos. Se suponía que a quienes los devolvieran se les darían las gracias por su honradez. En su lugar, acabaron siendo arrestados y escoltados hasta un centro de detención [...].»

«No había espacio carcelario suficiente en Damasco para alojar a los cientos de detenidos diarios y eran asignados a diferentes instalaciones en función de su posición social. A los mercaderes y los plebeyos los recluían en el patio y las celdas del complejo de Takiya, mientras que a los notables los retenían en las dependencias de oficiales del cuartel militar situado en el barrio gubernamental de Marya, al oeste de las murallas de la ciudad. A los detenidos de mayor rango los enviaban a una casa con patio llamada Bait al-Baltayiya, cerca de Marya.»

«Las detenciones masivas agudizaron las tensiones en las comunidades musulmanas de Damasco. Todo el mundo suponía que a los detenidos los habían denunciado cristianos, por lo que hubo peticiones de venganza entre los musulmanes.»

«Al terminar el día, los soldados de Fuad Pachá habían ejecutado a 167 musulmanes de todos los estratos sociales y todos los barrios de la ciudad por su participación en las matanzas de cristianos.»

«La magnitud y la severidad de las ejecuciones conmocionó profundamente a los damascenos, que era justo lo que Fuad Pachá esperaba.»

«No mucho después, los cónsules cambiaron de parecer y alegaron que las penas no se correspondían con la magnitud del delito, que solo habían ejecutado a 57 hombres por el asesinato de 5.000 cristianos (los 110 ejecutados por un pelotón de fusilamiento estaban acusados de robo a mano armada, no de asesinato).»

«Tras su ignominiosa retirada de Damasco a finales de julio, Ahmad Pachá fue llamado a Beirut para reunirse con Fuad Pachá. Después de lo que, según todos los indicios, fue una entrevista catastrófica, en la que un desesperado Ahmad se arrojó a los pies de Fuad para suplicar clemencia, este le pidió al exgobernador que le entregara su espada, lo puso bajo arresto y lo envió a Estambul para ser juzgado.»

«Durante los cuarenta y tres días que Fuad Pachá pasó en Damasco, completó en gran medida la tarea de castigar a los culpables. De sus conversaciones con diplomáticos europeos se desprende que no tenía estómago para aplicar la pena capital y, de hecho, hubo muy pocas ejecuciones después del 8 de septiembre. Se resistió a las presiones europeas para que condenara a muerte a destacados teólogos como el jeque Abdulá al- Halabi y Umar Efendi al-Ghazzi y alegó que no había podido conseguir ni un solo testigo musulmán que estuviera dispuesto a testificar en contra de ninguno de los dos.»

CAPÍTULO 7. Escarabajos y escorpiones

«Cuando Fuad Pachá llegó a Beirut en septiembre de 1860, todo lo que veía a su alrededor le recordaba los asuntos que había dejado pendientes en Damasco. [...] Castigar a los culpables era solo el principio. Aún quedaba por delante la tarea esencial de reconstruir las viviendas y las vidas.»

«El gobierno local de Beirut estaba desbordado tratando de facilitar comida y alojamiento a más de diez mil cristianos libaneses en la miseria. Cuando empezaron a llegar a la ciudad miles más desde Damasco, las iglesias locales y los organismos de ayuda internacional hicieron todo lo posible para ayudar con sus insuficientes recursos. Beirut simplemente no tenía capacidad para hacer frente a una emergencia de semejante magnitud. [...] La solución que adoptó fue radical y no contribuyó a mitigar la hostilidad de los musulmanes.»

«El 16 de agosto, el gobierno de Damasco ordenó a los habitantes musulmanes del barrio de al-Qanawat que evacuaran sus viviendas para alojar en ellas a los cristianos sin hogar. La medida se aplicaría a todos sin excepción: ricos y pobres, notables y plebeyos.»

«La situación era tensa: los musulmanes, resentidos, maldecían durante el día a los cristianos en las calles y por la noche apedreaban sus casas. Sin embargo, con el tiempo, fue

aumentando el número de los que aceptaban trasladarse de la ciudadela a las viviendas musulmanas desalojadas. A finales de agosto, Fuad suspendió las ayudas públicas a los refugiados que huían de Damasco a Beirut.»

«La decisión de Fuad Pachá de marcharse de Damasco a Beirut estuvo motivada por la política internacional. Los sucesos fueron noticia de portada en Europa y Estados Unidos. Los corresponsales destacados en los territorios otomanos telegrafiaron horribles crónicas de la violencia en Monte Líbano y Damasco a unos directores hambrientos de atrocidades en París y Londres. [...] Al ver que la prensa y el teatro de variedades hacían suya la causa de los cristianos sirios, los gobiernos occidentales no tardarían en responder. El diario francés *Constitutionnel*, un vocero del gobierno de Napoleón III, aseguraba que Francia estaba «preparada para ver cómo el gobierno de Siria pasaba a unas manos más firmes» que las del gobierno otomano, que se había mostrado tan impotente para proteger a las minorías cristianas.»

«Los seis mil soldados de la fuerza de intervención francesa que envió el emperador Napoleón III para proteger a los cristianos sirios de nuevos episodios de violencia llegaron a la costa libanesa a mediados de agosto y acamparon en los pinares del sur de Beirut. Desde la perspectiva de Fuad, eran una bomba de relojería. Le preocupaba que el gran ejército europeo reavivara las tensiones intercomunitarias en Siria y que el menor incidente desencadenara nuevos episodios de violencia.»

«A decir verdad, en 1860 el Tesoro otomano no tenía fondos para indemnizar a los damascenos por sus pérdidas. Según cifras otomanas, los ingresos anuales de toda la provincia de Damasco ascendieron en 1860 a un total de 22,6 millones de piastras (205.000 libras). Lo mejor que podían hacer era ofrecer a cada cristiano una dieta de 1,25 piastras (un penique al día) para que dispusieran del dinero suficiente para el pan de cada día. Incluso esos pagos, que costaban al erario otomano entre 500.000 y 600.000 piastras al mes, acumulaban cuarenta días de retraso.»

«Los musulmanes temían a su propio gobierno, al que veían como una amenaza para sus vidas y sus propiedades. Además, la vida económica de la ciudad había quedado devastada, con los comercios de los mercados a menudo cerrados por precaución o en señal de protesta. Y lo que era aún peor, Fuad Pachá no iba a permitir la entrada en Damasco de la caravana de peregrinos que regresaba de La Meca, privando a la ciudad de uno de los acontecimientos religiosos y económicos más importantes del año, y todo ello para satisfacer a una minoría cristiana ahora despreciada y a sus benefactores europeos.»

«Los cristianos de Damasco también estaban enfadados. Habían sido víctimas de una violencia inenarrable, habían perdido a amigos y familiares, sus casas y sus negocios, y habían tenido que refugiarse durante semanas en la ciudadela con miedo a que en cualquier momento la turba pudiera traspasar las puertas para matarlos a todos [...] Tenían que vivir con un penique al día en casas musulmanas evacuadas en las que no había un solo mueble ni ropa de cama, y soportar los insultos diarios y las amenazas nocturnas que proferían los resentidos musulmanes de la ciudad. [...] Habían sufrido, seguían sufriendo y querían asegurarse de que los musulmanes también sufrieran.»

«Los representantes de las cinco potencias europeas (Austria, Francia, Gran Bretaña, Prusia y Rusia) habían llegado hacía poco a Beirut y convocaron la primera sesión de la comisión

internacional el 5 de octubre. Según lo acordado entre las potencias europeas, se encomendaba a la comisión la «represión, reparación y reorganización»: investigar las causas de la violencia en Siria y Líbano, asegurarse de que los responsables fueran llevados ante la justicia, determinar la magnitud de las pérdidas de los cristianos, garantizar que fueran indemnizados y revisar los acuerdos administrativos de Monte Líbano para impedir que en un futuro se repitiera la violencia.»

«Damasco no estaba en condiciones de recibir a una delegación europea de alto nivel a principios de diciembre de 1860. La vida económica de la ciudad se había paralizado y los mercados estaban muertos. La mayoría musulmana se mostraba más hostil que nunca con los europeos y las tensiones entre las comunidades musulmana y cristiana de Damasco seguían en su punto álgido. Los cristianos temblaban de miedo y de frío, sin dinero ni comida, ni carbón para alimentarse o calentar sus alojamientos prestados. Solo una minoría se había quedado en Damasco; la mayoría de los supervivientes cristianos ya habían demostrado su falta de confianza refugiándose en Beirut. No había nada que Fuad pudiera hacer para solucionar estos problemas antes de que llegaran los europeos a la ciudad. Lo único que podía hacer, y debería haber hecho mucho antes, era contratar a obreros para que empezaran a retirar los escombros y los restos humanos que aún se amontonaban en las calles de los barrios cristianos.»

«Los representantes europeos de la comisión internacional regresaron a Beirut tras su única visita a Damasco en diciembre de 1860 impresionados por la magnitud del desafío que suponía reconstruir los barrios cristianos. Durante el resto de su misión, se centraron en Monte Líbano y dejaron que de Damasco se ocuparan los otomanos, con la única excepción del impuesto de indemnización que las potencias europeas juzgaban esencial para financiar la reconstrucción.»

«Para constituir el fondo de indemnización, las autoridades otomanas recurrieron a la contabilidad creativa. Una estrategia obvia era gravar a los ricos. En el otoño de 1860, mientras los otomanos reclutaban a jóvenes damascenos para el servicio militar, el gobierno se aprovechó del pavor de la élite a enviar a sus hijos al ejército. En septiembre de 1860, el gobierno expidió unos trescientos certificados de exención y envió cartas a las familias prominentes en las que les daba a elegir entre enviar a sus privilegiados vástagos a luchar en las guerras del sultán o pagar 20.000 piastras para quedar exentos.»

«El resentimiento se extendió más allá de Damasco, a las demás comarcas de la provincia. Los drusos del Haurán y los campesinos de la región meridional de Aylun (hoy en el norte de Jordania) no veían razón alguna para pagar un impuesto adicional a causa de las matanzas en Damasco. Amenazaron con una rebelión armada si el gobierno intentaba imponer el gravamen. Las autoridades de Damasco actuaron con rapidez para sofocar la resistencia por miedo a que pudiera propagarse a otras regiones, como las grandes ciudades comerciales de Homs y Hama.»

«En el otoño de 1861, el gobierno empezó a pagar el primer tramo de las indemnizaciones, lo que animó a los últimos refugiados de Beirut a regresar a Damasco para iniciar la reconstrucción. Los albañiles y carpinteros comenzaron a trabajar en las ruinas de los barrios cristianos. Por fin había empezado la reconstrucción.»

«En cuanto comenzó la reconstrucción, los cristianos recibieron notificaciones de desahucio. Llevaban más de un año y medio viviendo en casas de musulmanes por toda la ciudad y las autoridades locales decidieron que era hora de que se mudaran. La presencia de los cristianos en los barrios musulmanes había sido una fuente habitual de tensiones y el gobierno parecía compensar cada concesión hecha a los cristianos con algún beneficio para los musulmanes. Sin embargo, los cristianos no habían recibido ningún aviso previo y pocos o ninguno habían vuelto a hacer que sus hogares fueran habitables.»

«Casi una década después de las matanzas, y cinco años después de la reconstrucción, la sociedad de Damasco aún tenía que recuperarse de las heridas. Los ciudadanos veían que el beneficio de una comunidad se producía necesariamente a costa de las otras. Haría falta prosperidad para que el pueblo de Damasco fuera más tolerante y superara las divisiones sectarias. Sin embargo, los ingresos de la provincia eran tan limitados que la prosperidad parecía inalcanzable.»

CAPÍTULO 9. Damasco restaurado

«Fuad y Midhat se basaron en sus experiencias en Siria y los Balcanes para diseñar un nuevo modelo de gobierno provincial que no solo se pudiera aplicar a lugares problemáticos como Siria y Serbia, sino que también pudiera mejorar la gobernanza en todo el imperio. El resultado fue la Ley de reforma provincial de 1864, un hito de la Tanzimat, alabada en la prensa británica de la época como «una obra maestra de legislación» que, «bien aplicada», sería «adecuada en todos los sentidos para garantizar la prosperidad y proteger la vida y las propiedades de todas las nacionalidades y credos del imperio.»

«Finalmente, Fuad Pachá confirmó que la sede de la nueva provincia de Siria sería Damasco. No hay indicios de que alguna vez hubiera considerado en serio la oferta de Beirut. Como premio de consolación, estableció el tribunal provincial de comercio en Beirut, dada la importancia de la ciudad en el comercio mediterráneo. La preocupación primordial de Fuad era la regeneración de Damasco y gracias a la creación de la nueva provincia de Siria los ingresos fiscales de Beirut, Jerusalén y Damasco afluirían a las arcas damascenas.»

«Durante 1867, la Asamblea aprobó unos dieciocho grandes proyectos para Siria, entre los que figuraban la ampliación de la red de carreteras y comunicaciones y los mercados; la seguridad rural y la sedentarización de las tribus nómadas beduinas que asaltaban a los agricultores y las caravanas de mercaderes; la ampliación de edificios y oficinas gubernamentales, creando nuevos y lucrativos puestos de trabajo; y la apertura de escuelas públicas en toda la provincia para dotar a los jóvenes sirios de las competencias necesarias para poder optar a esos preciados puestos gubernamentales.»

«Este rápido desarrollo tuvo importantes repercusiones en las relaciones sociales de la ciudad. Por un lado, los grandes proyectos de construcción dieron trabajo a albañiles y artesanos, lo que mejoró el bienestar de los trabajadores de Damasco. Dentro de los nuevos edificios gubernamentales se crearon empleos para los damascenos que se habían formado para trabajar en la administración pública. Los empleos públicos estaban bien remunerados y los funcionarios gozaban de mucho prestigio en la sociedad damascena. Además, los puestos de trabajo se repartían entre las distintas comunidades de la ciudad, musulmanes, cristianos y judíos, conforme a la Ley de reforma provincial de 1864.»

«Las autoridades otomanas de Damasco reconocían que tenían un grave problema con el sistema educativo. Aunque los cristianos no representaban más del 15 % de la población total de Damasco, de las escuelas cristianas salía un número de titulados bien formados mucho mayor que de las instituciones religiosas musulmanas y el sistema estatal otomano juntos.»

CRÍTICA

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Erica Aspás

Responsable de Comunicación Área Ensayo

689 771 980 / easpas@planeta.es